

El despertar

Paulina Villablanca Figueroa



Capítulo 1

El Despertar

El tiempo parecía consumirse como el efecto otorgado por un reloj de arena, así transcurrieron los tres meses que Antonio Ruiz llevaba en esa casa, en la que adquirió cierto bienestar, una especie de aire renovado.

Esa satisfacción dependía de Vicente, un médico traumatólogo con una experiencia de más de cuarenta años. Esa mañana el hombre de delantal blanco caminó hasta su habitación, ubicada al fondo de un pasillo eterno. Llevaba el acostumbrado vaso de agua y una pastilla que ayudaría a la reconstrucción de sus huesos.

Al abrir la puerta, las miradas de ambos chocaron. Antonio trató de contener su rabia que parecía condensarse en su estómago y un calor generalizado se acentuaba en su cabeza. Vicente percibió ese malestar, y como en otras ocasiones, le entregó el vaso con agua y el fármaco. ¿Hasta cuándo voy a tener que esperar ver a mi familia para saber de ellos?, preguntó a quemarropa su paciente. A lo que él le respondió que debía estar tranquilo, porque ese mismo día vería a su esposa y pequeño.

No era la primera vez que ellos vivían esa misma escena, era lo que contaba el especialista al equipo médico cuando se reunían para hablar de todos los pacientes. Antonio era una persona con mucha fuerza interna que mejoró rápidamente, pero que no entendía la razón de llevar tanto tiempo aislado en una pieza de una clínica privada, desarrollando en él un odio que aumentaba en cada momento, aun sabiendo que una infección en sus piernas lo dejaba imposibilitado de tener contacto con los demás.

Vicente esperaba que su paciente reaccionara bien con la noticia, sin embargo seguía disgustado. Algo le incomodaba al muchacho, no lo sabía explicar y traspasó esa rabia al médico, ignorándolo.

Esa tarde enfermeras, personal administrativo y colaboradores del centro de salud se organizaban en diferentes equipos de trabajo, a fin de acompañar a los pacientes que estaban preparados y en mejores condiciones para las visitas. Divididos en grupos de tres, cada uno se encargó de que llevaran un obsequio, algo representativo para cada

familia como un recuerdo o una foto.

Antonio Ruiz llegó caminando hasta la sala donde se reunían, y admirados lo recibieron con los brazos abiertos, llevaba el último mes intentando dar unos pasos y ya lo había conseguido. De pronto, apareció el doctor Vicente, él sería quien guiara los recorridos, y le preguntó directamente a Antonio si llevaba un obsequio para su hijo. El joven enojado contestó que no, porque él se quedaría con su familia, aunque se opusieran todos los médicos.

Como un signo de compasión, Vicente tocó el hombro de Antonio y le explicó lo que realmente le había sucedido a él hace un tiempo atrás, cuando corría camino a su trabajo, al atravesar por la calle Cummings vino un auto y lo atropelló sin piedad, causándole la muerte instantánea. Ahora estaba viviendo una realidad distinta, con su mismo aspecto físico, pero etéreo, el quedó dañado por el impacto del accidente, sin embargo en esa clínica lo habían reconstruido. Asimismo, esa era la razón de su ira, una especie de rechazo al extrañar estar vivo, el inconsciente lo sabe todo, recalca el especialista.

Era noche buena y los grupos se habían desplazado por distintas comunas y regiones de Chile, junto con cada médico y guía. Antonio tenía lágrimas en sus ojos al ver sentada a su esposa e hijo en el comedor de su casa, disfrutaban de la cena navideña y en la cabecera había una foto, era la de él, ellos sí lo recordaban. El joven padre puso en su puesto un ramo de margaritas, las preferidas de su esposa, y por arte de magia el exquisito aroma se esparció por toda la sala. Esa sería la primera, de muchas navidades, que lo dejarían bajar a ver a su familia en la Tierra.